

E. MIRET MAGDA LENA

Alfonso Albaldá ha muerto. Este entrañable escritor católico, demasiado desconocido de la masa religiosa de nuestro país, ha sido cortado en su carrera vital cuando todavía era joven y tenía mucho por hacer.

Sin embargo, su obra, que es trasunto de su propia persona, será cada vez más apreciada. Tuvo la rara cualidad de ser un idealista de lo religioso, encarnándolo con sencillez y modestia en toda su vida. No fue un evanescente elucubrador de la religión, sino que la religión se palpaba en sus palabras, en su vida y en sus escritos como un aura enriquecedora que lo envolvía todo con la mayor naturalidad.

Le conocí en 1952, cuando un grupo de amigos fundamos la revista "Espiritualidad Seglar". El fue uno de los de la primera hora; y cuando fui nombrado director de esta pionera publicación católica, la primera que hubo en el mundo escrita por seglares tratando de este tema, él me ayudó y me apoyó con una dedicación que he de confesar sobrepasaba la mía propia. Sin él no hubiera podido salir este ensayo que duró siete años, y que ha sido demasiado olvidado en nuestra historia del catolicismo de la posguerra.

Había terminado su carrera de Derecho y de Filosofía y Letras, y en su vida, en su hablar y en su escribir era un poeta, aunque a él no le gustase esta denominación. La rehuía, y, sin embargo, todo aquello que tocaba tenía veta poética. Publicó entonces sus primeras poesías bajo el título de "Umbral de armonía", que recibieron el premio Adonais. Pero él aspiraba a algo más: a un periodismo católico renovado y a una literatura católica menos académica y más espontánea, de la que se usaba por entonces.

Más tarde se desarrolló su vocación profesoral. En el Instituto Ramiro de Maeztu, con Magariños y otro núcleo de profesores, emprendió las clases nocturnas que, como un ensayo de educación cultural, empezaron desprendidamente estos amantes de un país donde la cultura fuese vehículo de una radical y pacífica revolución humana.

Su vida tuvo muchos avatares y muchas dificultades aun económicas, pero su voluntad desprendida impidió que fuese nunca un resentido. Tenía una religiosidad fina; era un hombre de ideales que influían en él y en todos sus actos, era amigo de los amigos hasta límites bien poco frecuentes. Yo me

acuerdo de la época de la censura demasiado burocrática que tuvimos, y cómo él apoyó mis artículos de TRIUNFO cuando tenían dificultades, buscando la manera de que salieran adelante, aunque algunas de mis ideas no fuesen las suyas.

Después vino su consagración como profesor de la Escuela Oficial de Periodismo y de la Facultad de Ciencias de la Información: su vida empezaba a tener el cauce que él soñó. Y, como periodista, se centró en "Informaciones", cuya tradición parece ser la de la acogida. Esta acogida, que yo también recibí en este periódico hacia el año 1953, cuando, sin pensarlo, me encontré escribiendo para el público por primera vez en mi vida.

Sus novelas son como era él. Por eso nunca pudo entender las dificultades burocráticas que tuvo con la primera que publicó. Pero su reacción no fue de acritud, sino de extrañeza.

DOS ESCRITORES CATOLICOS

No era un filósofo, y sin embargo, su vida estuvo impregnada de una filosofía religiosa espontánea y profunda que nos hacía mucha falta en nuestro país.

* * *

También ha muerto Gabriel Marcel, el filósofo católico amante de la música, la poesía, el teatro y las confesiones autobiográficas. A sus ochenta y cuatro años de constante trabajo nunca le faltaron el ánimo y la actividad de un espíritu juvenil que siempre estaba viviendo la actualidad.

La mejor expresión de su obra más profunda, en mi opinión, el "Journal Métaphysique". Cuenta en él su vida y su pensamiento cuando todavía no se había convertido al catolicismo; y, sin embargo, es un libro perfectamente coherente con el resto de sus trabajos publicados en plena creencia católica.

En castellano —en España y América— se han publicado la mayoría de sus obras. Todas ellas escritas en un lenguaje asequible y vital que replantea el mundo a la luz de una vivencia religiosa, sin forzar su sentido, sino procurando adquirir una inmediatez con todas las cosas, desvelando en ellas los valores trascendentes que hay detrás de todo lo real que está a nuestro alcance inmediato.

Su filosofía es una filosofía concreta —como el título de uno de sus libros traducidos al castellano—. Su manera de entenderla era "la experiencia personal convertida en pensamiento". Algo muy distinto de esa ciencia pretendida que llamamos filosofía, y que es como un conjunto de abstracciones o de cosas frías y sin vida.

Al problema de Dios le supo dar un nuevo planteamiento, que ha sido decisivo desde entonces. Dios para él es un descubrimiento vital que nunca puede encontrarse detrás de una cadena de silogismos. Para él un Dios demostrado no es Dios, porque supondría la pequeñez de haberlo encerrado en nuestro propio pensamiento limitado.

Su gran tema de la distinción entre "ser" y "tener" es la clave de nuestro tiempo, encerrado en un callejón sin salida porque se ha entregado sólo al "tener", tal y como se expresa y vive en la sociedad de consumo envolvente que nos rodea.

Su postura religiosa no se puede llamar ni integrista ni progresista. Aunque algunos, por su tendencia política derechista, pudieran pensar que era un conservador detrás de lo religioso. Tan no es así, que en muchas ocasiones su postura independiente encajaba mal con las ideas corrientes del catolicismo establecido. Sus juicios sobre el espiritismo y su acercamiento al movimiento llamado Rearme Moral lo evidencian.

Creía que la expresión de su pensamiento no se podía dar nunca sistemáticamente, sino de una manera informal. Sus obras de teatro —a veces demasiado cerebrales— y sus diarios filosóficos lo demuestran.

Yo le escuché en Madrid alguna vez, y se revolvía contra la clasificación que solían hacerle de filósofo existencialista; prefería sentirse como una especie de Sócrates cristiano e independiente.

Muchas veces no se sabía distinguir en él entre filosofía y reflexión puramente religiosa, porque veía una inconsecuencia en separar lo que era único en su propia vida.